

Caffé Greco.

Esa mañana de inicio de semana era bastante calurosa, rondaban los 20° C cuando comencé mi turno y se incrementaron algo más cerca del mediodía. Lucía un estupendo sol que impulsaba a la gente a salir a la calle. Edoardo ya había llegado y comenzaba a colocar las mesas y sillas cuando lo interrumpí con un cálido: “*Buongiorno*”. Él, devolviéndome el saludo, me regaló una intensa sonrisa y dos besos en sentido inverso al que todavía inconscientemente estoy acostumbrada. Miré el reloj, lo bueno de trabajar en un sitio tan pequeño y desconocido en una ciudad tan turística es que te permite conocer la rutina de tu ordinaria y ya conocida clientela.

Pietro y Giovanni entraron entre gritos y bastones al establecimiento sentándose en su mesa habitual, la que estaba junto a la barra, pegada a la pared izquierda. Nos saludaron a ambos y siguieron hablando sobre lo que me pareció entender que eran unas críticas a la construcción del nuevo estadio de la ciudad. Tras un largo rato criminalizando al gobierno, se sumergieron en un mar de historias gloriosas de antaño comentadas con risas e indignación.

Observando a estos dos ancianos me di cuenta del parecido que tenían con mi abuelo y sus amigos. Personas sencillas que hablaban en voz alta aunque fueran temas polémicos, sin importarles si alguien se unía a la conversación. Sin embargo, a diferencia del español, el italiano no se puede entender sin sus gestos, lo que hacía que las conversaciones tuvieran algo tremendamente bonito al contemplarlas. Es más, muchas veces sobraban incluso las palabras. Por ejemplo, un simple balanceo de hombros seguido de un movimiento de muñeca bastaba para decir que algo no se entendía. Sin oír nada se podía saber si el tema de la conversación era interesante, si había tensión o si se estaba cómodo hablando sobre aquello. Parándote a observar con

detenimiento te das cuenta de que una charla se puede comparar con una especie de baile en pareja.

Mientras retiraba del fuego una tetera con agua hirviendo, vi entrar a la chica de la mochila roja. Me resultaba de lo más atrayente ya que siempre venía sola y con un libro en la mano para comenzar a leer en el momento en el que le llegaba su café. No había hablado con ella mucho más de lo establecido en el protocolo cortés entre camarera y cliente pero en este intercambio de palabras me había mostrado en más de una ocasión que chapurreaba algo de español. Hablaba de la misma forma en la que un niño andaba, a pasitos cortos e inseguros.

Tomarle nota de lo que quería era prácticamente innecesario ya que en los tres meses que llevaba trabajando aquí siempre se había pedido un café solo. No obstante, esta formalidad me resultaba útil para charlar con ella y fijarme en el nuevo libro que cada semana llevaba consigo. Sin embargo, justo antes de ir hacia su mesa, apareció en su rostro una sonrisa dentada y enorme. No me miraba a mí, en realidad no miraba a nadie en particular y me pregunté el porqué de ese gesto tan expresivo sin motivo aparente. Entonces y por primera vez en tres meses reparé en que estaba tocando la parte baja de la mesa sacando de ella una nota adhesiva de color amarillo. Leyó el pequeño papel moviendo los labios lentamente y se lo guardó en su mochila. Acto seguido y con mucha premura, sacó otro papel y comenzó a escribir algo que parecía que ya traía muy meditado. Una vez finalizado su escrito, depositó la respuesta en el mismo sitio donde había encontrado el anterior mensaje.

Y fin. Parecía que nada hubiese sucedido. Más o menos 30 segundos fue lo que duró esa acción y sin embargo, la historia que había tras esos movimientos daba la sensación de ser enorme.

Mi mente voló. La desconocida de la mochila roja y alguien aún por identificar se estaban enviando notas y a juzgar por la sonrisa de hacía un momento, habían sentimientos de por medio. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Quizá acababa de comenzar esta aventura secreta y por eso no me había percatado. Al acercarme a su mesa no noté nada extraño. No hubo ni un gesto, ni una mirada cómplice, ni una media sonrisa, nada. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos no creería que esta chica tan corriente guardase ningún secreto.

Cuando desapareció del local e intentando controlar mi ansia de saber, fui discretamente a coger la nota, que rezaba: “*Non ti credo! Scrittore? Sono una giornalista. Sto ancora aspettando la tua risposta! Spero sia un sì. F*” que se traducía como: “¡No te creo! ¿Escritor? Yo soy periodista. ¡Todavía sigo esperando tu respuesta! Espero que sea un sí. F.” Y mi mente volvió a subir a las nubes.

Me pasé toda la mañana intentando fijarme en las personas que se sentaban en ese sitio en particular aunque, como era lógico, ninguna de ellas buscaba bajo la mesa de madera. Me parecía increíble que ese rincón del establecimiento fuese seguramente uno de los lugares más especiales para dos personas que probablemente ni se conocían. Con el paso de la mañana lo que se hizo obvio en mi cabeza fue que posiblemente la otra persona viniese al café en algún otro momento en el que yo no estuviera trabajando. Eso me decepcionó un poco y volví a bajar a la realidad.

Las muchas manifestaciones románticas que había observado en Roma, me habían hecho entender que el amor que se profesaba en esta ciudad encajaba dentro del concepto de romance tradicional; de modo que este juego de notas no me sorprendía demasiado. El amor que había podido analizar era, en el mejor de los casos, entre caballero y dama, y en el peor, entre conquistador y conquista. A estos tipos de relación

ni estoy acostumbrada ni han sido nunca de mi agrado. Provengo de la cultura del Don Juan, es verdad, pero creo que estamos evolucionando a un arquetipo de pareja en la que los roles son más equilibrados. El amor es igual en todas partes pero se vive de forma distinta según la tradición del lugar. Dentro de este ámbito, la literatura nos brinda una oportunidad para comprender un poco más el amor que se crea en las diferentes sociedades. Al fin y al cabo, también es parte de nuestro patrimonio.

Durante el transcurso de la mañana, le intenté contar de la mejor forma posible mi descubrimiento a Edoardo, que me prometió entre risas y corrigiéndome algunos errores de pronunciación, que se mantendría atento por si descubría a la otra parte de la conversación.

A la mañana siguiente Edo ya me esperaba con la contestación a la nota de “F” en la mano. En la nueva nota únicamente se dibujaba en un perfecto italiano: “Sí, escritor. Hoy a las 19 en nuestra mesa. G.” Y miré a Edo con la sonrisa cómplice de saber que “G” nos había invitado a nosotros dos también sin saberlo.

Edo pasó a recogerme sobre las seis ya que decidimos dar un paseo antes y así poder especular sobre lo que pasaría en la cita. Esa tarde nos deleitamos con una Roma que estaba increíble, llena de vida, de ajetreo y de música. Aparecieron en nuestro camino algunos espectáculos callejeros, títeres y marionetas que entretenían a los niños que encantados se congregaban en la *Piazza de Popolo*. Caminamos junto al Tíber mientras disfrutábamos de la arquitectura que nos brindaba, en muchos aspectos muy parecida a la que acostumbro a ver en mi ciudad natal debido sin duda a la misma cultura que nos une. La influencia de la Iglesia y la importancia de la religión se podían detectar con un mero vistazo. Sin embargo, ver una ciudad tan dominada por la arquitectura romana, hacía que el contraste con la arquitectura andalusí que también aparecía en mi ciudad

fuese mayor. Roma rebosaba de tradición en cada edificio, pero hay que tener en cuenta que no se puede entender una ciudad simplemente a través de su arquitectura. La expresión cultural se ve directamente en la gente, en las costumbres, en la ropa; se oye en la música, en la lengua. La cultura se come, se vive, se huele y se disfruta en la naturaleza de cualquier paraje.

Llegamos al café un cuarto de hora antes de lo previsto, sin embargo “F” ya había llegado cuando nos sentamos en una de las mesas más cercanas. Jugaba nerviosa con un anillo plateado que llevaba intentando no posar demasiado tiempo su vista en la puerta. Había traído consigo su mochila habitual y su libro, en este caso era “*Vita*” de M. Mazzuco, aunque no le prestaba ni la menor atención. Se le distinguían unos hombros altos y tensos y una mandíbula apretada. Parecía estar pasándolo realmente mal.

Al cabo de unos minutos que se hicieron eternos pero justo a la hora acordada, la puerta se abrió y apareció “G”. Edo, “F” y yo sabíamos antes de confirmarlo que tenía que ser él. Era el típico reflejo de lo que uno se puede imaginar por escritor y “F” dibujó una sonrisa en su rostro que ocultó al darle los besos correspondientes al formalismo acostumbrado.

Concluida la breve presentación en la que él se presentó como Giorgio y ella como Francesca, comenzaron a hablar de sus vidas y a conocerse un poco más. Hablaron de trivialidades, de política y de ocio. Hablaron de viajes y de trabajo. Hablaron durante cerca de dos horas en las que también nosotros llegamos a conocerles. Llegamos incluso a reír cuando ellos reían y nos mirábamos entre nosotros como ellos se miraban, con curiosidad.

Cuando dieron las nueve de la noche Edo decidió que la historia había acabado realmente bien, dentro de lo mal que podría haber acabado el quedar con un

desconocido. Me dijo que le había encantado compartir esta corta aventura conmigo y que gracias a esa nota bajo la mesa también nosotros nos habíamos acercado mucho más, cosa que agradecía. Se disculpó conmigo pero dijo que se tenía que ir a terminar un trabajo que debía presentar a la mañana siguiente y desapareció del local con un breve; “*Ciao*”.

La verdad es que me fui a los diez minutos de que él se marchase. Supongo que la emoción de una historia no es la misma si no tienes a alguien con quien compartirla. Además, esas conversaciones pertenecían a Giorgio y Francesca, a “G” y “F” y realmente, esa era su historia, no la mía. Sentía que yo ya estaba fuera de escena y estaba intentando acaparar y hacer mío un suceso que no me correspondía.

Justo antes de levantarme de la mesa y salir del establecimiento acerté a escuchar lo que sería lo último que recordaría procedente de “G”:

-Cuando me contestaste a la nota, me quedé impresionado. Esa nota llevaba ahí por lo menos dos semanas y prácticamente me había olvidado de ella. Todo empezó como un simple experimento y por aburrimiento frente a mi hoja en blanco. Necesitaba crear una historia y tú me la has dado. La emoción de empezar algo, el misterio de no saber quién había realmente al otro lado del papel, podrías haber sido cualquiera y en algunos momentos llegaste a ser cien personas distintas en mi mente. Realmente dudé si quedar o no contigo puesto que dejarías de ser esas cien posibles personas, con sus cien posibles personalidades y sus cien posibles historias distintas para acabar siendo quien eras de verdad. Si te conocía no podría cambiarte. Serías ya una imagen fija en mi mente. El desconocimiento me daba la posibilidad de engendrarte y concebirte a mi manera. Podrías haberme roto el final, el nudo y la introducción por no ser quien yo quisiera que fueses. Sin embargo, crearé nuestra historia seas quien seas. Escribiré sobre

Roma y su cultura, nuestro escenario. Compondré un relato precioso sobre este café y lo que me ha brindado esta mesa. Todo gracias a ti.

Y dicho esto me miró. Él no sabía quién era, si era o no camarera. Si era o no española. Si estaba o no interesada en sus notas y en su historia. No sé siquiera si vio a Edoardo salir del café pero aun así, me miró y recordó mi cara. Me creó.

Acto seguido, salí del *Caffé Greco*.

Giorgio.